

## LOS TRES SOBRESALTOS DE AGOSTO

**E**l primero de ellos fue la fuerte subida, o más bien escalada, del IPC en el mes de julio. Ese uno y medio por ciento ha puesto muy difícil que la inflación del año descienda hasta el ocho a que aspiraba el Gobierno, e incluso que alcance a ser medida con un sólo dígito.

El Gobierno ha reaccionado prontamente y con agilidad. La gran Banca, siguiendo una recomendación de las autoridades monetarias, ha reducido los tipos de interés también en el 1,5 que parece ser el guarismo que se lleva esta temporada. Poco antes de que se hiciera pública la decisión de los banqueros, se había podido saber que el gobernador del Banco de España estimaba irrealizable una baja semejante. Por lo tanto, hay que pensar que el *consejo* de la Administración no procedía de él, sino de instancias superiores. Ha sido, pues, una determinación política, que no obedecía a un razonamiento de técnica monetaria o puramente económico. Probablemente se encaminaba a allanar los escarpados accidentes del terreno de la negociación del acuerdo social, accediendo a una demanda de los empresarios. Por otro lado, liberaba a los pollos de la grave responsabilidad en que los declararon incurso las primeras manifestaciones de los portavoces gubernamentales, cuando se vieron obligados a improvisar una explicación del alza del coste de la vida del mes de julio. Según las primeras explicaciones oficiales, en efecto, resultaba que estos inocentes animalitos, y el afán de devorarlos —o alectriofagia— que se habría apoderado repentinamente de los españoles con los calores del verano eran los presuntos culpables del desastre. La realidad, sin embargo, es que si la inflación del 84 llega a los dos dígitos queda sin justificación la severa política de rentas y salarios que preconiza Hacienda y el drenaje del ahorro que practica, y que no han dejado de contribuir a la erosión del empleo.

La respuesta al primer sobresalto de agosto, el del IPC, ha sido la resolución bancaria, que irá seguida de inmediato de los recortes de unos miles de millones que se practiquen en varios de los picos del presupuesto, como se anuncia con respecto a la subvención de RTVE.

El segundo susto veraniego fue netamente político y vino de las cálidas tierras del Magreb. Aunque el pacto libio-marroquí no nos *afecte*, como se ha dicho desde muy alto lugar, es evidente que nos *concierna*, es decir, que nos atañe



ANTONIO  
FONTAN

y guarda relación con nosotros. Roza por el Sur el gran eje geoestratégico español, que se extiende de uno a otro de nuestros territorios insulares —las islas Baleares y el archipiélago canario— atravesando entre los dos continentes por las aguas del estrecho de Gibraltar. Todo ello tiene que ver con nuestra presencia en la OTAN y probablemente abona las tesis de los que defienden nuestra incorporación a las organizaciones militares de la Alianza. España no puede arriesgarse a una oculta puja con Marruecos para ver quién es más amigo de los americanos y de sus aliados europeos, o les ofrece más facilidades.

La tercera sorpresa llegó también de allende de nuestras fronteras, pero en este caso del Norte. Su epicentro estuvo en Bruselas. Si crecen las dificultades para ultimar la negociación con las Comunidades y no se logra cerrarla en los plazos previstos, los productores y empresarios españoles, y hasta los proyectos de inversión extranjera en nuestro país, sufrirán todos los inconvenientes de la falta de un calendario, sin el que es imposible resolverse a hacer algo.

**E**stos tres sustos del verano no son sólo económicos ni meramente sectoriales. Inciden en los más sensibles y significativos centros neurálgicos de la política española: rentas, salarios y acuerdo social; política exterior y de defensa; y en la política europea, que es nuestro más inmediato horizonte. ¿Vamos a ser aliados preferentes de los Estados Unidos y de Europa occidental, o nos vamos a quedar aislados en el mundo, limitándonos a pasearnos de vez en cuando, y de palabra, por el continente hispanoamericano?; ¿vamos a ratificar o no la paz social esbozada en el 77 y proseguida a través de los sucesivos desarrollos que actualizaron el espíritu de los pactos de la Moncloa?

España se halla en un momento en que los gobernantes tienen que demostrar si alcanzan el nivel de los estadistas, o se quedan en afortunados administradores de una abultada victoria electoral, que siempre es un episodio pasajero. El itinerario que conduce al primero de estos dos destinos pasa por un buen acuerdo en Bruselas, por una verdadera presencia en la OTAN y por una victoria sobre la inflación, que sólo podrá lograrse si se disminuye el déficit público mediante un enérgico ahorro en los capítulos de subvenciones y de gastos corrientes.

Un año como el 85, que no va a ser, ni debe ser, un año electoral es la oportunidad de conseguirlo.